

Eceli. Qui misericordiam habet, docet, et erudit quasi pastor gregem suum. Cap. XVIII, v. 13.

Como amante Pastor cuidaba atento
De mostrar á su grey el buen camino:
Fué la gloria de Dios su pensamiento,
Y comprendiendo su inmortal destino,
Amparó al desvalido y al hambriento
Y en las almas vertió maná divino.
Mas ya en el mundo su mision cumplida,
Bendijo á Dios y abandonó la vida.

—
¿Cur nos, Pater, deseris? Aut cui
nos desolatos relinquis?

¿Por qué duermes con sueño tan profundo,
Dejando tu rebaño desolado,
Expuesto á las borrascas de este mundo,
Que de vicio y error contaminado
Como chacal hambriento y furibundo
Intenta devorarlo despiadado?
¡Oh ven! Sal de la tumba, Pastor santo,
No nos olvides en peligro tanto.

En los demás entrepaños y á los lados de las anteriores composiciones, se veian estas otras en el mismo zócalo:

Ergo Dei tandem numine favente,
Magni Pastoris ossa veneranda
Post binum lustrum, lacrimanti gregi
Restituuntur?
Quovis thesauro nobis pretiosiora,
Adeo hic usque posita manebunt,
Abs tubae donec horrido clangore
Vitae reddantur.

—
Quid ni Pastorem, moeste diuque flere,
Sapientia clarum, sanctitate eximium,
Mitem, prudentem, facilem, modestum,
Hic grex insistat?
Heu! quam jacturam, Pater, ipse fecit,
Te tui non dignum deserente mundum!
Sed quot coronis redimita fronte,
Coelos intrasti!

—
Obiit ¡heu! mortis atra nox et umbrae
Asperae irrumpunt in Pastoris vitam:
Ecclesia luget, lugent et amici
Flebili planetu.

Recta praecepit, innocens in corde;
 Vera praefatus clarus in doctrina;
 Errorem, nefas, certo Marte, solers
 Vencit, debellat.

Decessit ¡heu! jam frustra avidi filii
 Placidam Patris faciem concupiscent:
 Ejus consilium, vocem et obtutum
 Frustra requirent.

At vivit, micat et ab alto coelo,
 Prospicit natos, lachrymoso acentu
 Patrem clamantes, firmes et assidui
 Animo ab imo.

Al rudo golpe de implacable muerte
 Bajó á la tumba lóbrega y callada.
 Allí duerme y espera la llegada
 Del Angel del Señor que lo despierte.

Murió y sus hijos, en lejana tierra,
 No pudieron cerrar sus yertos ojos,
 Ni regar con su llanto los despojos
 Del tierno Padre que la tumba encierra.

En la parte superior del zócalo se levantaba una gran pirámide formada de trozos de pórfido rojo oscuro, y perforada por sus cuatro costados hasta una altura de tres dos tercios metros sobre su base; presentando en la descubierta cavidad un templete funerario, compuesto de cuatro portadas dóricas, unidas por un suntuoso cornisamento, que circuyendo el exterior de la pirámide, parecía cortarla á mas de un tercio de su elevacion. Todo el templete era de mármol blanco de Carrara, con adornos de oro, que brillaba especialmente en el friso, en los dentellones y la corona de la cornisa. Sobre esta descansaban veinte candelabros con otros tantos cirios, y entre ellos cuatro de marmol negro y oro, de dos metros de altura, que correspondian sobre el cornisamento á las aristas de la pirámide. En el friso se leía una inscripcion de letras doradas en relieve, que decia así:

Guadalaxariana Metropolitana Ecclesia
 D. D. D. Petro Espinosa
 Primo suo Illustrissimo Archiepiscopo.
 Tertio Kal. Martii
 Anno Dom.
 MDCCCLXXVI.

Sobre la misma cornisa, y en el centro de la portada que miraba al oriente, dando frente al ciprés de la Catedral, se apoyaba un escudo de lapislázuli, coronado por una mitra, báculo y cruz arquiépiscopales de bronce dorado, en cuyo centro aparecía el retrato del Illmo. Sr. Espinosa, en magnífica pintura al óleo, y encima, en un bajo relieve de alabastro blanco, el sello que usó en su ministerio pastoral. El interior del templete estaba adornado con un pabellon de terciopelo morado, que terminaba en flecos de oro, y cuyas extremidades se recojian con gruesos cordones y grandes borlas de oro tambien, en los intercolumnios que acabamos de describir. Sobre el pavimento descansaba un túmulo, en forma de extensa urna cineraria, construida en su parte inferior de mármol morado de Cuenca, en la media de ágata, y de hermoso malaquita en la superior: de sus costados pendian gruesos anillos dorados; y encima se colocó el féretro, en que se condujeron los restos del preclarísimo finado. La caja mortuoria era de una madera rica, de color morado, labrada con exquisitos calados, tras de los que se percibía un fondo de terciopelo mas oscuro; y estaba adornada con cruces, escudos y asideros de metal, que semejaban reluciente plata: en su superficie inferior la sostenian cuatro garras de leon, de bronce macizo; y dentro de ella ocultaba otra caja de zinc, que guarda el venerable cuerpo del Arzobispo. Del centro del templete pendia una melan-

cólica lámpara funeraria, que derramaba sobre el túmulo sus débiles resplandores. En los frentes y costados de la urna, se encontraban las siguientes inscripciones:

Illmus. ac Rmus. Petrus Espinosa
Primus Archiepiscopus Guadalaxarensis
Coelo redditus
Die XII Novembris
Ann. Dom.
MDCCLXVI.

—
Petrus Espinosa
Terris datus
Die XXIX Junii
Ann. Dom.
MDCXCIII.

—
Interrogas forsit, cujus hoc tumulo cinis
Positus? Insignis Praesulis esse scito.
Qui orphanorum pater, religionis extitit viudex,
Gemma sacerdotum, specimenque fuit.

—
Quo abiit, proh dolor! quo a nostro conspectu diffugit
Optimus ille pater?.....Iter ad astra fecit.....
Ex ea quam imples, pater, fulgentissima sede,
Pro grege precari nunquam desistas tuo.

Después del cornisamento de ese templete lleno de magnificencia, se veía la prolongación de la pirámide, en cuyo extremo descollaba una cruz griega de ráfagas doradas. La altura total del catafalco era de quince metros aproximadamente, siendo bellísima la armoniosa proporción de todas sus partes. De la bóveda del templo, bajo la cual el monumento fué erigido, colgaba un inmenso pabellón negro, con fleco blanco, dividido en gajos, que se sujetaron á cuatro columnas de la nave principal.

A los lados del catafalco y hácia el centro de la Iglesia, se colocaron dos candelabros de seis metros de altura, de figura también piramidal, de mármol negro antiguo con escudos blancos por adorno, y que tenían cada uno cuatro hachas en su base, y otra, rodeada de diez y seis cirios formando coronilla, en su extremidad. En el espacio de la nave central, que quedó mediando entre la escalinata oriente del catafalco y la que conduce al ciprés de la Catedral, se distribuyeron en hileras doce blandones de metal, ricamente trabajados, que sostenían otras tantas hachas puestas en ellos. Del centro de las bóvedas pendían diez y siete candiles profusamente iluminados, y los diez y ocho que se encuentran á los lados de los altares de nuestra Matriz, acababan de inundar su ámbito de luz. El grandioso ciprés de mármol, adornado preciosa y severamente; los frontales de tela negra con labores de brillante plata, que cubrían el altar mayor, el púl-

pito y los ambones; los ricos ornamentos pontificales y sacerdotales, y el resto de aquel conjunto religioso, convenientemente dispuesto para las imponentes ceremonias que iban á seguir, completaban el cuadro espléndido que deslumbraba al espectador.

Entre los concurrentes á la solemnidad se contaban elevados funcionarios públicos, que se presentaron con su carácter privado nada más; la generalidad de los hombres de letras, y los más distinguidos representantes del comercio y de todas las clases de la sociedad. Ocuparon los invitados, en este día como en el siguiente, numerosísimos asientos que se situaron en las tres naves de la Catedral.

A poco de haber sonado la media para las seis, comenzaron las vísperas. La música elegida para ellas, lo mismo que para la misa del 28, fué la que compuso el capitán D. Narciso Sort de Sans, ayudante del general D. José de la Cruz, para las exequias de D. ^{ca} Isabel de Braganza que se celebraron en esta ciudad el año de 1819; composición que se ejecutó después, con general aplauso, en las solemnes honras que en 1838 se dedicaron en la Catedral de México á la memoria del Libertador Iturbide, cuando se trasladaron sus cenizas á aquella capital. Sort escribió su obra, que es verdaderamente clásica, bajo una inspiración sublime, que lo hizo encontrar acentos de dolor indescribibles, para expresar la suprema angustia de un espíritu que sondea las regiones de la eternidad. La capilla de nuestra

Iglesia Matriz, aumentada con varios profesores que no son de su seno, interpretó sentimental y exactamente, el trabajo de Sort, que entre otros rasgos se distingue, por una rica y fecunda instrumentación.

Acabadas las vísperas, á las cuales asistió el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo Loza, subió al púlpito para pronunciar la Oración latina, el Señor Prebendado Dr. D. Miguel Baz, quien en un discurso elegante, correcto, con todas las galas que presta la lengua de Virgilio y Ciceron, enaltecida por los Ciprianos y por los Prudencios, y aprovechando hábilmente la importancia del asunto, cuyo fondo lo prestaban la larga vida y las relevantes dotes del finado, hizo el cumplido elogio del Arzobispo á quien lloraba muerto. Despues de haber dado las nueve de la noche, terminaron las funciones del 27.

A las nueve de la mañana siguiente volvieron á abrirse las puertas de la Catedral, á donde ocurrió el mismo ó mayor concurso del dia anterior. El comercio habia cerrado sus establecimientos, en señal de pésame, y una multitud piadosa, distinguida, llena de recogimiento, asistia silenciosa al Sacrificio Incruento, que por el alma del Illmo. Sr. Espinosa se ofreciera en el altar. Su Ilustre y Dignísimo sucesor el Sr. Loza, fué quien celebró la misa y presidió todos los oficios. La oración castellana la pronunció el Sr. Canónigo D. Florencio Parga, y de ella no encontramos nada mas enérgi-

co que decir, sino que se remontó á toda la altura de su objeto, y no desdijo en un punto la afamada nombradía de su autor. Sus inspirados arranques y su consumada corrección oratoria, hicieron rodar las lágrimas por las mejillas de los concurrentes, en tanto que comprimidos sollozos, ahogaban la garganta del orador. Despues de este panegírico, el Illmo. y Rmo. oficiante, el Venerable Cabildo, el Clero y la Capilla de la Catedral se dirigieron procesionalmente al catafalco, para entonar frente al féretro, los cinco últimos responsos que previene el ceremonial. A la una y media de la tarde todo habia concluido.

Tal es la relación sencilla, pero verídica, de los honores funébrs que la Iglesia de Guadalajara ha consagrado á la memoria de su primer arzobispo el Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Espinosa, que era además Patricio romano y Prelado asistente al Sólido Pontificio.

El Pastor insigne rogará en el cielo por su grey y por su Patria que tanto amó; por esta Patria que en medio de sus infortunios, eleva á lo alto sus miradas para implorar piedad. Entre tanto, en la tierra será eterna la memoria, del grande sacerdote que en sus dias agradó al Señor.

Guadalajara, Marzo de 1876.

Luis Gutierrez Otero.